

la oración, pedagogía del apóstol

posibilidad y naturaleza de la oración

Es digna de tenerse en cuenta para nuestro propósito la idea que fundamenta todo el pensamiento filosófico de Martín Buber: "El hombre está hecho para el diálogo o, mejor, está hecho en diálogo". Dotado de esta estructura-base el hombre pretende siempre entrar en contacto dialogalmente con todos los seres que le rodean. Pero sólo se encuentra satisfecho, diríamos realizado, en el diálogo con el Tú Eterno que le habla desde lo más profundo de su propio ser y del que jamás puede evadirse. Este Eterno Tú en ninguna hipótesis puede quedar finitizado. Justamente lo contrario de lo que ocurre a todos aquellos seres a quienes pretende abarcar (1).

Esta intimidad dialogal como "capacidad de entrega y adhesión a Dios" (2) la considero como la raíz *metafísica* de la oración, constitutivo *esencial* para el ser del hombre. Es decir, que el mismo carácter de *contingencia* del que indeliblemente está marcada toda criatura le constituye en el disparadero metafísico para la abertura a lo sagrado. Así se comprende el pensamiento del P. Bakker ha-

blando del lugar que ocupa el hombre en la divina revelación: "Todo hombre tiene de algún modo alguna idea de lo que son revelación y redención, *bajo la forma de algún barrunto (posiblemente inarticulado) o esbozo de percepción*. De lo contrario, ¿cómo podría anhelarlas?" (3). Esta idea o quizás sentimiento que se manifiesta como una pregunta y búsqueda religiosa en el hombre es la que le hace apetecer inevitablemente la Realidad Absoluta, el Ser Absoluto. Y es que la constitución fundamental del espíritu humano para con Dios consiste, como dice Von Balthasar, en "estar destinado a *buscarle* en un intento de *tropezar* con lo divino (tó theion. Hech 17,29) y, descubriéndole de esta suerte, encontrarse con El (v. 26)" (4). Justamente aquí está insertado el *problema del sobrenatural*. Los teólogos consideran ese "fondo" del alma, donde reside la intimidad dialogal de entrega y adhesión a Dios, como el punto de inserción, "el lugar de la natividad" (Taulero), de la vida sobrenatural. Ese deseo y esa búsqueda no constituyen de por sí la posesión de Dios. Será labor continua de la gracia subvenir al hombre en esta búsqueda, elevándolo a la participación incohativa del

ser divino, participación que culminará en la visión beatífica.

Por ello entendemos que la oración, como un deseo original de encuentro con Dios en los estratos profundos a que nos venimos refiriendo, no es más que “el despertar en nosotros del espíritu filial” (5). Si “despertar” hay que referirse necesariamente a algo que estaba “dormido”. Y es que la oración —u otro nombre cualquiera que se elija para referirse a este dato— procede primariamente de Dios. Es algo ínsito en el alma y en el corazón del hombre que aflora en esta profunda experiencia antropológica de la oración cuando lo sagrado deja de ser *fascinatum et tremendum* y es reconocido como un ser personal. Es el mismo Espíritu que clama irresistiblemente desde nuestra más profunda interioridad: ¡Abba! ¡Padre! (Rom 8,15).

En esta contextura podemos considerar al hombre como un ser libre en adoración para el que adquiere su pleno significado esa oración de rodillas de San Agustín: “Nos has creado, Señor, para Tí, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Tí”. Comentando esta frase, Ph. Lersch dice que “podemos tomarla como expresión de que es en la idea de Dios en donde la tendencia humana de la transitividad busca su último horizonte, y esto aun cuando el hombre niegue, rebelde o desesperado, escéptico o resignado, la realidad de lo divino” (6).

Esto admitido, la oración es como la vida misma que se concentra y se vive más intensamente. Más para evitar que se convierta en algo diluido y etéreo hay que tener en cuenta que la oración no es sólo una expresión espontánea del interior del alma, sino que en la

situación concreta del gran Acontecimiento que es Cristo, la oración es la respuesta del hombre, en fe y desde la fe, al hecho de la Encarnación. La oración, —la oración cristiana—, busca el rostro escondido de Dios que asoma en Cristo (2 Cor 4,6) para entrar en la presencia de las tres divinas Personas, para entablar con ellas su diálogo, su conversación (7). Por ello no se puede hablar de oración sin hacer referencia a la fe. La fe es la que nos descubre esa Presencia viva que nos interpela desde el fondo del alma donde “luce secretamente la imagen de Dios” (8). Y es que la fe aflora en oración y “la oración es la expresión más elemental de la fe” (9).

El objeto de la fe es el Ser Personal, Verdad Primera en sí y Persona Beatificante. Ambos aspectos son inseparables y se hallan afirmados con la unidad indivorciable de un mismo acto. El Dios que se hace Presencia viva en el fondo del alma me llama a la fe. Entre Dios y cada alma se da una relación personal, de vocación. La fe es la traducción de esa relación personal, de ese encuentro. Por ello se podría decir que la oración no se comprende sino *en* Dios y *desde* Dios. “Es en las raíces abisales del ente, donde puede literalmente *amanecer* la existencia luminosa —que es indivisiblemente conocimiento y amor— en la que el hombre simultáneamente nace a sí mismo y a Dios” (10).

Este *nacimiento* interioriza al hombre y le engrandece. Al contacto con la Presencia viva el hombre sale de sí y crece, al mismo tiempo, en él una gravitación altruísta emanada de la misma fuente que es Dios. Por ello más

que insistir en la meditación, que es volver sobre sí, habría que subrayar la apertura a los demás, la relación interpersonal, ya que en el misterio inefable de cada persona se está desarrollando esta misma Liturgia del encuentro con Dios.

oración apostólica

Hemos intentado esbozar muy apretadamente una concepción sobre la oración. Sin duda que nuestra exposición resulta muy incompleta. Quedan por tratar otras muchas cuestiones. Mas nuestro enfoque tiene una finalidad: si aceptamos el planteamiento que hemos propuesto y situados ya en otro plano como es el de la gracia de la vocación a la fe y al apostolado para hacer partícipes a los hombres del designio salvador de Dios (Ef. 1,3-14), el problema que vamos a abordar inmediatamente es el siguiente: ¿puede darse una actividad apostólica sin oración?, o lo que es lo mismo ¿se oponen *objetivamente* ambas realidades hasta tal punto que no se puedan integrar en una profunda síntesis?

Se hace muy socorrida para los hombres entregados a una intensa actividad apostólica la dificultad de entregarse a la oración. Se entiende la oración como un alejarse, un recluirse ante Dios en la soledad, un olvidarse de los problemas y angustias que oprimen la existencia cristiana de nuestros hermanos, una ruptura con el compromiso. Y el apostolado, al menos al nivel de la vida cotidiana, como una actividad ciertamente generosa pero actividad *humana* aunque con una referencia más o menos explícita al carácter de *enviado* por y para la Iglesia. No

del todo inconscientemente como una forma más de realización humana concreta. Y se formula aquí un problema de dos actividades cristianas que han de correr paralelas sin un punto común de inserción.

Unos pretenderán que el apóstol sea el hombre "ideal" dedicado a la "vida espiritual". Otros querrán ver en él al hombre comprometido en la acción, en los problemas sociales, sin excluir la política. Aquellos le juzgarán de tergiversar el mensaje de Cristo. Estos se lamentarán de ver una Iglesia y a sus representantes sumidos en un puro angelismo que no sabe de la realidad concreta de la vida. Pero aquí hay un planteamiento falso del problema. Es un pseudo-problema. No se trata de dos actividades distintas. *Es que no hay verdadero apostolado que no tenga su origen en la contemplación.* Las grandes vocaciones proféticas del AT comienzan por una visión de Dios y acaban todas por una misión a los hombres. "Y es que en la oración el hombre se da enteramente a Dios y sólo en este abandono de su ser y de sus fuerzas, puede ser enviado y se convierte en Apóstol" (11).

Ha existido un hombre que supo unir estas dos actividades en su vida: San Pablo. Vamos a oír qué nos dice de la oración apostólica, cómo supo él realizar en su propia vida esto que a nosotros nos parece una antinomia de difícil solución, un sentirse dividido entre las exigencias de la oración y las del apostolado.

a) *La vocación apostólica*

El problema que nos ocupa no puede resolverse sin una reflexión a fondo de lo que es el apostola-

do. Una lectura rápida de las cartas de San Pablo nos hará patente que todo —su vida y su acción— no son explicables sino por una referencia explícita a Cristo: desde su encuentro con El en el camino de Damasco (Hech 9,3-6), donde fue alcanzado por Cristo Jesús (Flp 3,12), su vida es la vida de Cristo en él (Gal 2,20) y su único afán (1 Cor 9,16) darle a conocer a todas las naciones (Hech 26, 16; 1 Cor 1,17; Gal 1,15-16; Rom 15,16-17).

2 Cor, cuyo tema central es la grandeza del ministerio apostólico, puede muy bien llamarse la "carta magna" del apostolado. Un breve recorrido por sus ideas principales en lo que respecta a nuestro tema nos aportará mucha luz para una mejor y más exacta comprensión de lo que es el apostolado.

Prescindiendo del carácter más o menos polémico de la carta, vamos a recoger varios de los datos positivos que nos ofrece acerca del ministerio apostólico.

1.—*"No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, el Señor; y a nosotros mismos nos consideramos esclavos vuestros por causa de Jesús"* (2 Cor 4,5).

Esto es lo original en todo apostolado: una referencia explícita a quien nos ha enviado eligiéndonos ya desde el seno materno (Gal 1,15) para conformarnos con la imagen de Cristo (2 Cor 3,18; Rom 8,29) para hacernos continuadores de su obra (2 Cor 5,19-20) confirmandonos y ungiéndonos (2 Cor 1,21) con el sello del Espíritu (2 Cor 1,22).

2.—*"Es preciso que los hombres vean en nosotros ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Por lo demás, lo que en los administradores se busca es que sean fieles"* (1 Cor 4,1-2).

El apóstol es un ministro de Cristo con una subordinación incondicional a su Persona. Por ello hay que guardar una fidelidad absoluta, cuyo juicio definitivo lo ha de dar Cristo (1 Cor 4,4-5). Fidelidad en la administración de los misterios de Dios. El apóstol no puede disponer de las riquezas de Dios a su antojo y capricho. Sólo es un transmisor. Ni posee ni innova. Sólo transmite. ¿Qué podrá innovar después de la venida de Cristo? El nos ha dado a conocer los misterios escondidos desde los siglos superantiguos en Dios (Ef 3, 9; Col 1,26). La fidelidad acredita al apóstol para la gloria del Padre (2 Cor 1, 20) que se hace garante de la fidelidad del apóstol.

3.—*"Nosotros somos cooperadores de Dios y vosotros sois arada de Dios, edificación de Dios"* (1 Cor 3,9).

El apóstol es un cooperador de Dios, servidor de Dios y de los hombres. Primeramente, siervo de quien le ha enviado: de Dios (2 Cor 6,4) y de Cristo (2 Cor 11, 23). En segundo plano, pero al mismo nivel, siervo de los hombres, pues la vocación apostólica es esencialmente una *diakonía*, un servicio. La conciencia y el ser para el *servicio* absorben la personalidad humana del apóstol. Pablo planta, Apolo riega, pero sólo Dios hace crecer. El crecimiento es propio y exclusivo de Dios (1 Cor 3,7). Y si se trata de edificar

la comunidad de Dios, el apóstol ha de ser consciente de que Dios es el dueño de la construcción y que nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, Jesucristo (1 Cor 3,11).

4.—“*Somos embajadores en nombre de Cristo; como que Dios os exhorta por medio de nosotros. Os rogamos por Cristo: reconciliáos con Dios*” (2 Cor 5,20).

El papel del embajador es transmitir el mensaje que su señor le ha confiado. No se trata de una tarea personal y que uno puede inventar a capricho; se trata de la implantación del Reino. Es necesario recordar aquí que la predicación de Cristo sobre el Reino comienza por una llamada a la conversión y a la fe: una fe que provocará en el creyente un nuevo comportamiento y una nueva relación con Dios: “hemos sido trasladados de las tinieblas al reino de su Hijo Bien-Amado” (Col 1,13).

5.—“*Te basta mi gracia, porque mi fuerza se muestra perfecta en tu flaqueza*” (2 Cor 12,9).

Este es el criterio genuino del apostolado según San Pablo. Y el principio que debe presidir toda acción apostólica. La debilidad del *instrumento* permite a Dios desplegar toda su fuerza. El poder del instrumento es un obstáculo para la acción de Dios. A través de su experiencia apostólica le fue revelado a Pablo esta ley que es la encarnación en el apóstol del poder de Cristo.

Estas breves referencias al apostolado según la concepción paulina

nos dan una idea de la grandeza del ministerio apostólico evidenciándonos al mismo tiempo el carácter *suprahumano* del apostolado (12). Es una obra divina para la que se nos llama gratuitamente. Lo único que se le pide al apóstol es que se deje guiar según Dios. No se trata de realizar una obra humana. Por ello el “encuentro con Dios” le es absolutamente necesario. Es el momento en que Cristo habla con su ministro y le confía su embajada, al mismo tiempo que le *educa* para la acción. Quizás la mejor manera de demostrar que no entendemos nada de la oración es justificarla o rechazarla por la utilidad o aparente inutilidad que de ella se saca. Y si el apóstol ha de referirse continuamente a Cristo, no se ha de olvidar que la oración de Jesús atañe tanto a su misión como a la educación de sus discípulos (Lc 3,21; 6,12; 9,29; 11,1) y que es manifiesto el nexo entre su oración (cuarenta días en el desierto) y el comienzo de su misión.

b) *La oración del apóstol*

Pretendíamos ver cómo San Pablo, ejemplar y modelo de apóstol, había unido en su vida la oración y la actividad apostólica. Unos cuantos textos de sus cartas nos han mostrado cómo ha de ser la persona de todo apóstol y cuál es el criterio paulino para un apostolado auténtico (2 Cor 12,19). Nos toca ver ahora el factor oración en su conexión con el apostolado.

El tema de la oración ocupa un lugar muy destacado en el epistolario paulino. San Pablo la recomienda constantemente a los creyentes (Rom 12,12; Ef 6,18; Flp 4,6; Col 4,2; 1 Tes 5,17; 1 Tim 2,8; 5,5). Pero nuestro objetivo es aquí la oración *apostólica* (13).

Podría parecernos, sin duda, que un hombre como Pablo que viajaba sin descanso no podría disponer de tiempo para la oración y que por tanto no oraría. El testimonio de sus cartas nos manifiesta justamente lo contrario. Y no podría ser de otra manera, pues la oración no sólo prepara al apostolado sino que es en sí misma apostólica, penetrando y vivificando la misma actividad.

“En todo momento” *pántote* (Rom 1,10; 1 Tes 1,2; 2 Tes 1,11; 2,13; Flm 4; *en pantí kairó*: Ef 6,18), “de noche y día” *nuktós kaí heméras* (1 Tes 3,10; 1 Tim 5,5), “super-insistentemente” *huperekperissó* (1 Tes 3,10): Estas palabras que designan la oración de Pablo expresan la intensidad de su súplica. Y no se trata de que Pablo esté entregado a una contemplación sofisticada y ociosa. Es impresionante la confianza que nos deja en 2 Cor: “Para que no me enorgullezca con la sublimidad de estas revelaciones, se me ha dado un aguijón en la carne, un ángel de Satanás, que me abofetea para que no me engría. Con motivo de esto, rogué tres veces al Señor para que se alejase de mí. El me dijo: Te basta mi gracia, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza (del hombre)” (2 Cor 12,7-9). Se ha discutido mucho qué significa este “aguijón de la carne”. Sea cual fuere su significación, Pablo lo considera como un “mensajero de Satanás”, un obstáculo para el Reino de Dios que él debe promover. Y aunque la respuesta de Cristo parece una negativa, en realidad no la pudo escuchar más plenamente: en esta respuesta se nos dio el criterio más genuino de todo apostolado.

Nos interesa insistir sobre un punto: la conexión entre la oración de Pablo y la implantación

del Reino. La misma conexión veíamos entre la oración de Cristo y su misión. Por lo demás Pablo se inserta aquí en toda la tradición bíblica (Abrahán Gen 18, 17-39; Moisés Ex 32,11-14. 30-32; Dt 9,18.25).

La oración apostólica de Pablo comporta siempre un deseo concreto: la promoción del Reino. Esta oración pide que se aparten los obstáculos exteriores (1 Tes 2,18; 3,10; Rom 1,10) e interiores (2 Cor 12,7-9), que se apruebe la colecta en favor de Jerusalén (Rom 15,30), conseguir su libertad (Flm 22). A los cristianos de Efeso les pide que “intercedan por todos los santos, y también por mí para que me sea dada la Palabra al abrir mi boca y pueda dar a conocer con valentía el Misterio del Evangelio, del cual soy embajador entre cadenas, y pueda hablar de él valientemente como conviene” (Ef 6,18-20).

La oración incesante y continua de Pablo nos sugiere la idea de un combate que el hombre entabla con Dios. La oración para Pablo es una *lucha* (Rom 15,30; Col 4, 12) que coincide con la de su actividad apostólica (Col 2,1-3).

Hemos intentado con estas referencias al apostolado y oración de San Pablo iluminar el problema que atormenta a tantos apóstoles contemporáneos. La oración es posible y es necesaria. En efecto, la oración le servirá al apóstol de *pedagogía* (14) y le enseñará a valorar y situar en su punto el sentido de su fuerza y de su entrega.

La originalidad del apostolado consiste en predicar no a sí mismo, sino a Cristo Jesús, el Señor. Y esto en la línea de un servicio agradecido por amor de Jesús (2 Cor 4,5). El sentido, pues, del apostolado no es otro que la con-

figuración en la misión o ministerio que vertebra toda la vida de Jesús desde el seno del Padre hasta su prolongación en su Cuerpo Místico, la Iglesia: el cumplimiento de la voluntad de Aquel que le envió para acabar su obra (Jn 4,34), llevar a los hombres a la fe y al acatamiento de Cristo (2 Cor 10,3-5).

Si el problema *oración-apostolado* parece apoyarse en el hecho

eclesial de la vocación a la vida activa o a la contemplativa, no hay que olvidar que ambas tienen un mismo origen y un mismo fin: proceden de Dios e intentan a su vez arrastrar consigo consecratoriamente el mundo hacia Dios.

No vayamos a creer, con todo, que el problema de la acción está resuelto simplemente por la oración, a menos que ésta se resuelva al mismo tiempo por la acción.

notas

1. Cfr. VIRGILIO FAGONE: M. Buber e il fondamento religioso del dialogo, *La Civiltà Cattolica*, 116 (1965, IV) 39-53.
2. RAHNER: *Escritos de Teología V*, Madrid, Taurus 1964, p. 459.
3. BAKKER: ¿Qué lugar ocupa el hombre en la divina revelación?, *Concilium*, (1967, núm. 21) 41.
4. VON BALTHASAR: El encuentro con Dios en el mundo actual, *Concilium* (1965, núm. 6) 25.
5. LEBRETON: *Lumen Christi. Doctrina espiritual del Nuevo Testamento*, Barcelona, Eler 1964, p. 208.
6. LERSCH: *La estructura de la personalidad*, Barcelona, Scientia 1964, p. 173-174. Espontáneamente surge una objeción: ¿Cómo hablar o predicar esta doctrina a mentalidades imbuidas, por ejemplo, de un ateísmo marxista? LERSCH ha previsto la objeción y responde: "Esto no se contradice con el hecho de que tantos individuos se conformen con vivir solamente con arreglo a las exigencias de la vitalidad y del yo individual y que se hallen contentos con el bienestar del cuerpo saciado, con el goce y la conciencia de riqueza, su poder y su estimación. Tales hombres han existido en todos los tiempos y siempre existirán. Pero la historia muestra que la Humanidad, vista como un todo, no atiende sólo a aquellas exigencias, sino que el hombre aspira a investigar, buscar y crear más allá de sí mismo y que esto ha ocurrido siempre así. Esto ha encontrado su realización en las creaciones de la cultura que nos han sido transmitidas, tales como las formas del Derecho y de la comunidad, las obras poéticas, musicales y plásticas, las cosmovisiones propias de la Filosofía y por último la Religión. Todas ellas indican que en el hombre palpita una insatisfacción que rebasa la esfera de la vitalidad y del yo individual" (Ib., 174).
7. BENJAMIN DE LA TRINIDAD: Oración y vida teologal, en *El Misterio de la oración cristiana*, San Sebastián, Dinor 1963, p. 51.
8. DE LUBAC: *Le Mystère du Surnaturel*, París, Montaigne 1965, p. 116.

9. GUARDINI: *Initiation à la prière*, París, Alsatia 1951, p. 19.
10. ZUNDEL: *¿Creéis en el hombre?*, San Sebastián, Dinor 1961, p. 148.
11. LOCHET: *Hijos de Dios*, Barcelona, Estela 1964. p. 208.
12. LYONNET: La ley fundamental del apostolado formulada y vivida por San Pablo (2 Cor 12,9), en LA POTTERIE-LYONNET: *La vida según el Espíritu*, Salamanca, Sígueme 1967, p. 277-296; CAMBIER: Paul, apôtre du Christ et prédicateur de l'Évangile, *NouRevThéol* 81 (1959) 1009-1028; Id.; Le critère paulinien de l'apostolat en 2 Cor 12,6s. *Biblica* 43 (1962) 481-518.
13. LYONNET: La prière apostolique, *Christus* 5 (1958) 222-229.
14. STOLZ: *Teología de la Mística*, Madrid, Rialp 1952², p. 131.